

Otro personaje mas notable se unió á los que iban á conferenciar con el Preósito sobre la religion: fué el Baron de Avully. Vivamente impresionado por la conducta de los ministros que no se habian atrevido á presentarse á la controversia pública, disgustado mas aún del poco acuerdo que existia entre ellos sobre los primeros artículos de la fe, dedujo de todo que su doctrina era por lo menos sospechosa; y preocupado con estos pensamientos, fué á buscar al hombre de Dios para que le ilustrara en un negocio tan grave. Este le recibió con toda la expansion de la caridad apostólica; y habiéndole dicho desde la primera entrevista, cómo los ministros no habian podido entenderse sobre su profesion de fe, le demostró que esta desunion era una consecuencia necesaria de los principios de la reforma, segun los cuales cada uno tiene el derecho de interpretar la sagrada Escritura á su gusto; que la unidad de creencia, este caracter tan visible de la Iglesia de Jesucristo, no existe ni puede existir mas que en la Iglesia romana, que reconoce una autoridad soberana para determinar infaliblemente el sentido de las Escrituras, y precisar los artículos que es necesario creer.

Establecido sólidamente este primer punto, le mostró por un lado la antigüedad de la fe católica, siempre la misma desde los apóstoles, y apoyada en pruebas invencibles; por el otro la novedad de la herejía, obligada para sostenerse, á alterar las sagradas Escrituras y recurrir á falsedades palpables, de las que es fácil convencerse recorriendo los escritos de los novadores. El Baron, que como hombre grave no queria admitir nada sino con buenas pruebas, se puso al punto á estudiar con el fin de examinar por sí mismo todas las aserciones de su nuevo doctor; y cuanto mas adelantaba en este examen, mas reconocia que la sinceridad y la verdad estaban de parte de los católicos, y la mentira y el error en sus adversarios. Todos los dias iba á dar cuenta al santo apóstol de sus indagaciones y dificultades; y viéndose con sentimiento con frecuencia interrumpido en estas comunicaciones íntimas por visi-

tas importunas, le propuso fuesen á una estensa llanura situada á cuatro kilómetros de Thonon, cuya soledad ofrecia un paseo agradable, y estaba protegida por una espesa selva de encinas majestuosas y de árboles seculares. Francisco accedió voluntariamente á esta súplica, y casi todos los dias, por espacio de algun tiempo, conferenciaron juntos dos ó tres horas en este lugar solitario.

Cuando el Baron de Avully llegó á esta plenitud de conviccion que no deja lugar á la mas mínima duda, deseó comunicar á los ministros de Ginebra y de Berna la esposicion de las pruebas de la doctrina católica que le parecian mas notables, rogándoles que contestaran, no por aserciones sin pruebas, sino con razones directas y sólidas. Aunque este paso debia causar alguna tardanza á su abjuracion, Francisco lo aprobó vivamente, convencido de que así aseguraria mas y mas al Baron en la verdadera creencia, y contribuiría á hacer de él un sólido baluarte de la fe católica. Avully ejecutó su proyecto; escribió á los ministros, pero no pudo obtener ninguna respuesta, como lo veremos mas adelante (1).

Esperando esta abjuracion, que tanto ruido estaba llamada á producir, otra, de una importancia si no igual á lo menos mas que ordinaria, vino á alegrar á la Iglesia. Hacia largo tiempo que un célebre abogado, hábil jurisconsulto, Pedro Poncet, conferenciaba secretamente con el hombre de Dios sobre la religion; y como la rectitud de su juicio igualaba á la estension de sus luces, habia reconocido la verdad de la fe romana, y prometido entrar en el seno de la Iglesia. Su conciencia le instaba á llevarla á efecto, pero por otro lado, diversas consideraciones le detenian. ¿Qué iban á decir sus antiguos amigos? Le agoviarían de acusaciones. Poseía bienes en los tierras de los herejes, y estos iban á apoderarse de ellos. La tregua podia concluir pronto, y los Berneses volver á apoderarse del país; y ¿qué seria de él entonces? Fluctuaba así entre el deber y el interés,

(1) Carlos Aug., p. 106 y 107.

cuando por fin el santo apóstol, por medio de observaciones cuya dulzura estaba acompañada de fortaleza, logró hacer triunfar, sobre los motivos de la prudencia humana, las razones superiores de la fe y de la salvación eterna. El 20 de abril hizo al fin en Thonon abjuración pública de la herejía y profesión solemne de la fe católica, en presencia del capellán del castillo de los Allinges, y de uno de sus amigos, doctor en derecho, que había llamado para que fuesen sus testigos (1).

Este acontecimiento dispuso felizmente los espíritus en favor de la verdad, porque Poncet unía al gran crédito que tenía entre los protestantes una convicción de la fe católica tan ardiente y tan viva, que bastaba él solo, decía la voz pública, para reducir á todos los ministros al silencio. Por eso, los mismos que hasta entonces habían augurado mal de la misión, empezaron desde este día á esperar un feliz éxito, reconociendo públicamente que un hombre de tan gran mérito como el abogado Poncet, arrastraría indefectiblemente á otros muchos; que la constancia del Prepósito sería coronada de un buen resultado; que el catolicismo triunfaría del error; y que algún día, que no estaba lejano, el Chablais convertido sería como un arsenal espiritual, de donde se sacarían las armas para combatir la Babilonia de la herejía, que era el nombre que daban á Ginebra. Los habitantes de esta desgraciada ciudad, por el contrario, como los demás protestantes, quedaron profundamente afligidos por la pérdida que sufría su religión. Para contrarrestar el efecto de una conversión que podía ser tan perjudicial á su causa, hicieron correr la voz de que el abogado, en castigo de su defección, estaba cruelmente atormentado por el demonio, y que el Prepósito empleaba una parte de la noche en exorcizarle. A este cuento absurdo, que no pudo encontrar crédito, añadieron sus antiguas calumnias contra la Iglesia romana; pero ya no se les creyó.

(1) Carlos Aug., p. 103.

La conducta evangélica del Prepósito era una viva respuesta á todas estas calumnias; y cuanto más horribles eran los retratos que hacían de los sacerdotes católicos, más se sentían movidos al ver tanta humildad y dulzura, tanto desinterés y celo en el hombre de Dios, que no oponía á las acusaciones de sus enemigos sino el aroma de sus virtudes, la fuerza de sus predicaciones y de sus fervorosas oraciones, prolongadas hasta bien entrada la noche á consecuencia de los trabajos del día.

Todas estas buenas noticias llegaron bien pronto á oídos del senador Favre, que seguía en algún modo con un interés fraternal todos los pasos de su santo amigo; y como no había cesado de exhortarle á permanecer firme en medio de todas las contradicciones y peligros de la misión, se apresuró á felicitarle por su buen éxito. «Esperimento un contento inefable, le escribía (1), por la firmeza con que habeis proseguido vuestra obra, por los frutos cada día mayores que recogéis, vos y toda la Iglesia, de la victoria que se inclina ahora de vuestro lado, y del triunfo que estais á punto de conseguir sobre el Barón de Avully y otros grandes personajes que los herejes miran como dioses, no ya de segundo sino de primer orden. La esposición escrita de vuestras pruebas confunde á vuestros enemigos; ¿qué será cuando se la hagais oír de viva voz?» Así era como este hombre santo, modelo de amigos cristianos, sostenía y alentaba al apóstol del Chablais en sus penosos trabajos.

Dios le alentó aún mejor con señalados favores que le concedió por esta época. Un día que estaba en oración, su alma fué tan abrasada del amor divino, que ya no se poseía de manera alguna á sí mismo: había en su corazón un deseo inmenso de inmolarse por la gloria de Dios, por la conversión de los herejes y de los pecadores; y este deseo, semejante á una pasión violenta que exalta al alma, le penetraba por decirlo así de un santo furor de amar á Dios

(1) Carta XIV.

cada vez más y de ganarle los corazones (1). «Me parece, escribe (hablando de este estado en un billete que se ha encontrado despues de su muerte escrito de su mano), me parece que mi celo se ha trocado en furor por mi amado: »*Amor meus, furor meus.*»

«Por vos me apremia, Dios mio,
 »No se si amor ó furor.....
 »Uno y otro son, Señor,
 »Pues ardo cuando os ansío.»

Y estos versos ¿qué nos revelan sino el alma de un poeta, ó por lo menos el corazon de un santo? Tenia costumbre de repetirlos á menudo para alimentar con ellos su amor y su piedad (2). Su fervor se aumentó aún mas con una carta que recibió del P. Possevino, aquel religioso tan ilustrado y fervoroso, que le habia dirigido en los senderos de la piedad durante sus estudios en Pádua. En esta carta llena del espíritu de Dios, el célebre jesuita le felicitaba por sus triunfos, que oia celebrar por todas partes en Chambery, á donde acababa de llegar; espresándole al mismo tiempo el deseo ardiente que tenia de verle, de oírle y de saber por él mismo los frutos de su apostolado. Le confesaba que el Baron de Hermance, en la actualidad en Chambery, le habia dicho ya algo, publicando en todas ocasiones las virtudes y trabajos del nuevo apóstol, la profundidad de su ciencia, la actividad de su celo, y los magníficos resultados que produciria la conversion del abogado Poncet; pero añadía que todas estas grandiosas relaciones no hacian sino aumentar su deseo de ver al autor de tantas maravillas, y hasta le ofrecia unir sus trabajos á los suyos si la obediencia se lo permitia (3).

(1) *Año santo de la Visitacion*, 19 de abril.

(2) El autógrafo ha sido conservado cuidadosamente por el Marqués de Lullin, que se lo regaló al Infante de España, regente de los Paisés-Bajos, quien lo recibió con gran veneracion y lo puso en el tesoro de sus reliquias.

(3) Carlos Aug., p. 104.

Con esta carta, el P. Possevino le envió, como una prueba de su afecto, un librito que habia compuesto sobre la pintura y la poesía; y al mismo tiempo el P. Querubin de Maurienne, que tambien se encontraba entonces en Chambery, le remitió un recuerdo de escaso valor, pero precioso por lo que representaba, que era una imágen de la Santísima Virgen, adorando al Niño Jesus dormido en sus brazos. El hombre de Dios, fiel en aprovecharse de todo para alimentar su piedad, se edificó mucho con estos dos pequeños presentes. «Es, escribia al senador Favre (1), un dulce recreo para mí contemplar esta imagen, querido y precioso presente de un sincero amigo: el librito no me ha proporcionado menos placer, por un cántico encantador de la Santísima Virgen en honor de su Hijo, que he encontrado en él al abrirlo. La imagen ha recreado mis ojos fatigados por la vida de la soledad y ruina de los templos, y el cántico ha aliviado mis oídos, largo tiempo desgarrados por horribles blasfemias.»

Un consuelo mas dulce todavía vino por este tiempo á henchir de alegría el corazon del santo apóstol. Informado de sus trabajos y de sus triunfos el Obispo de Ginebra, le envió en testimonio de su perfecta satisfaccion algunos presentes piadosos, con una carta (2) donde llamándole su verdadero hijo, el apoyo de su ancianidad, ó mas bien el báculo pastoral que servia para volver al aprisco las ovejas descarriadas, le exhortaba á perseverar con un valor siempre nuevo en su gloriosa empresa, y á no olvidar nunca las palabras de la Escritura: *Multæ tribulationes justorum, et de omnibus his liberabit eos Dominus* (3); y para terminar, le bendecía con toda la efusion del corazon mas tierno y mas paternal. Francisco se apresuró á contestar á una carta tan bondadosa, con otra en la que solo respira-

(1) Carlos Aug., p. 104 y 105.

(2) Ibid., p. 105.

(3) «Los justos tendrán mucho que sufrir, pero el Señor los libertará de todos sus males.» (Ps. XXXIII, v. 20.)

ba la mas profunda humildad. «Si deseais saber, le de-
 »cia (1), los obstáculos y persecuciones que hemos encon-
 »trado y que se levantan todavía delante de nosotros, todo
 »lo encontrareis en las Epístolas de San Pablo. Pues aunque
 »soy indigno de ser puesto en comparacion con este gran
 »apóstol, sin embargo, nuestro Señor sabe muy bien ser-
 »virse de la debilidad misma para procurar su gloria. He-
 »mos avanzado algunos pasos, pero á este país le sucede
 »lo que á un enfermo, que al salir de la cama donde ha
 »perdido el uso de sus piernas, no sabe si está ya sano ó si-
 »gue enfermo. Sí, Monseñor, verdaderamente esta provin-
 »cia está parálitica, y solo una piedad como la vuestra
 »puede obtener la gracia de su curacion, la cual no podré
 »yo merecer nunca, porque no soy mas que un pecador, y
 »enteramente indigno de las gracias que Dios derrama so-
 »bre mí.»

La herejía, en efecto, continuaba siempre su lucha, y se aprovechaba de todo para impedir á las almas sencillas que desertasen del calvinismo. El famoso Du Perron, que fué despues cardenal, acababa de hacer entrar en el gremio de la Iglesia á un caballero francés llamado Juan de Sponde (2), y esta conversion notable habia resonado hasta en el Chablais, donde habia producido una sensacion feliz en favor del catolicismo. Para destruir su efecto, procuraron estender mil rumores absurdos, y no se avergonzaban de decir que el cielo habia tomado la defensa de la reforma, castigando al desertor con una demencia tan furiosa, que se veían obligados á tenerle atado fuertemente en un lugar oculto á todas las miradas; jactándose, aun incurriendo en una estraña contradiccion, de que antes de trastornarse habia vuelto al calvinismo, atraído, se decia, por un célebre ministro, cuya elocuencia le habia merecido el nombre

(1) Carta XV.

(2) Juan de Sponde era hermano de Enrique de Sponde, Obispo de Pamiers, famoso por el compendio y la continuacion de los *Anales de Baronio*, al cual unió los *Anales Sagrados del Antiguo Testamento*, que no son propriamente sino un compendio de los *Anales de Tormel*.

de Demóstenes. La Providencia proporcionó al santo apóstol ocasion de dar un solemne mentís á estos absurdos. Mr. Girard, prepósito de la iglesia de *Bourg-en-Bresse*, le envió un libro, que acababa de publicar el recién convertido, para refutar el tratado de Beza sobre los caracteres de la verdadera Iglesia. Francisco, contento con esta obra, no tuvo mas que mostrar á los católicos el nuevo escrito como la mejor refutacion de la calumnia que se estendia por todas partes. «Ved, les dice, la fe que merecen los di-
 »chos de vuestros adversarios; si mienten tan atrevida-
 »mente sobre un hecho tan fácil de averiguar, ¿qué no
 »inventarán sobre los demás?» (1)

Confundidos por este lado los herejes, dirigieron por otro sus ataques. El senador Favre, deseoso de ayudar á su digno amigo á lo menos con el auxilio de su pluma, escribiendo alguna cosa útil á la piedad, habia compuesto un tratado de la penitencia y del amor divino, que mas bien podria llamarse una centuria de sonetos sobre estas dos materias. Francisco habia encontrado la obra piadosa, y que podia producir un gran fruto en las almas; recomendó su lectura, y el pueblo, pronto en seguir las indicaciones de una autoridad tan digna de su confianza, la leia por todas partes con interés y provecho. Habiendo encontrado un ministro un ejemplar del libro, lo abrió, y leyó estas palabras que canta la Iglesia hablando del pecado de Adan, y que el autor habia copiado: «¡Oh feliz culpa, que
 »ha merecido tener tan grande y tan escelente Redentor!
 »*Felix culpa quæ talem ac tantum meruit habere Redempto-
 »rem.*» Escandalizado con este descubrimiento, levantó al punto la voz y proclamó por todas partes con un aire de triunfo, que estas palabras estaban inficionadas de error, que eran palabras execrables y blasfemas. Este triunfo fué corto; Francisco, con ayuda de algunas razones claras y terminantes esplicaciones, se defendió de este ataque, y el ministro refutado no pudo replicar nada.

(1) Carlos Aug., p. 103.

El jóven apóstol no se contentaba con batir en brecha la herejía; se ocupaba aún mas en cimentar en las almas sólidamente el edificio de la fe católica, y para esto empleaba todos los medios de enseñanza que consideraba mas propios para instruir é interesar. Daba primero las instrucciones públicas ordinarias en forma de discursos, y en ellas procuraba reunir todos los secretos de la persuasión: la claridad en la esposicion, que muestra la verdad tal cual es y disipa las prevenciones; la fuerza de las razones en las pruebas; la dulzura aun en la disputa, y la unción hasta en la controversia. A estas instrucciones unia las esplicaciones del catecismo, que daba con la mayor frecuencia posible, tanto en las iglesias como en las casas particulares, juzgando este ministerio el mas útil de todos, el mas propio para dar la inteligencia de las cosas, para incitar al interés, y grabar en la memoria las verdades de la religion. Otras veces recurría á diálogos ó conferencias para excitar la curiosidad de los pueblos, y reunirlos en mayor número por el atractivo de la novedad. Habiendo recibido en el mes de julio la visita de dos de sus hermanos, hizo aprender al mas jóven parte de un diálogo que había compuesto, tanto sobre los dogmas mas esenciales de la religion, como sobre los deberes que impone el nombre de cristiano; y como el jóven aprendió perfectamente su papel, hizo anunciar por toda la ciudad, que habria á la tarde en la iglesia de San Hipólito un diálogo público sobre la religion. La novedad del espectáculo atrajo gran número de curiosos, católicos y herejes. El santo apóstol hacia las preguntas, y su hermano respondía; uno y otro con un interés y una gracia que encantaron á los espectadores, gozosos de encontrar reunidos en aquel acto lo útil y lo agradable (1).

Tanto celo y una vida tan santa llenaban de admiracion mas que á ninguno al Baron de Avully, que censuraba la conducta de los ministros, tan libre y tan poco edificante,

(1) De Cambis, t. I, p. 171 y 172.

no oponiendo al catolicismo mas que una acritud y una cólera envidiosa, en vez de buenas razones; y este contraste hacia resaltar mas y mas en su espíritu la escelencia de la Iglesia romana y la santidad de su moral. Largo tiempo esperó una respuesta á la carta que habia escrito á los ministros de Ginebra y de Berna, esponiéndoles las pruebas de la fe romana, y preguntándoles si tenian algo sólido que oponer á ello. Concluyendo, en fin, de su silencio que no tenian nada que responder fué á buscar al santo apóstol, le hizo una confesion general de sus pecados, y señaló de acuerdo con él el dia de su abjuracion. Hollando todo respeto humano, y queriendo dar á esta ceremonia la mayor solemnidad posible, invitó á todo lo que coñocia de mas distinguido en el Chablais, entre otros gran número de Ginebrinos de la primera calidad, y el 4 de octubre de 1526, ante esta asamblea escogida á la que se unió un pueblo numeroso, que acudió para ser testigo de un espectáculo tan extraordinario, pronunció en voz alta y firme el acta por la cual abjuraba los errores de Calvino, y hacia profesion de la fe católica, apostólica, romana (1).

La noticia de un acontecimiento tan feliz para la religion fué bien pronto comunicada á Roma por el Nuncio del Papa en la corte de Turin, y Clemente VIII se apresuró á dirigir al recién convertido un Breve de felicitacion (2). «Querido hijo, le decia, hemos sabido con grande gozo la »gracia insigne que os ha hecho El que es todopoderoso y »rico en misericordia, el cual, por la virtud de su diestra, »os ha sacado de las tinieblas del error é introducido en »su admirable luz, para haceros ver y gustar la verdad ca- »tólica, y admitiros en esta Iglesia romana, fuera de la cual »no hay salvacion..... Nos, nos regocijamos por vuestra »dicha con toda la Iglesia católica, con el Duque vuestro príncipe, que os ama y estima, con vuestra noble es-

(1) Carlos Aug., p. 107. Dice tener el original del acta de abjuracion en su poder. (Tabla de los documentos auténticos, n.º 1, al fin de la vida del Santo.)

(2) Carta XIV.

»posa, cuyas lágrimas y oraciones han subido hasta el trono de Dios y os han ganado para Jesucristo..... Id pues, hijo mio, contad á todo el mundo las maravillas que Dios ha obrado en vos; y puesto que habeis perseguido á la Iglesia como Saulo, haced ahora lo posible por defenderla y edificarla como Pablo.»

Francisco participó mas que nadie de la alegría que comunicaba á la Santa Sede este gran acontecimiento, y desde entonces hasta el fin de su vida hizo todos los años, el 4 de octubre, una conmemoracion especial de esta insigne gracia, considerando que la conversion del Baron de Avully habia empezado á dar el golpe mortal á la herejía en el Chablais. Determinados en efecto, por este grande ejemplo, un número considerable de herejes, pidieron entrar en la Iglesia, y esto fué como la aurora de una nueva era para el catolicismo en la provincia.

Los ministros, desesperados de este movimiento religioso hácia la fe romana, procuraron detenerlo, y para eso, en tanto que por todas partes se decia entre el vulgo que el Prepósito habia, con ayuda de la mágia, encantado al Baron, el ministro la Faye, que despues de Beza ocupaba el primer lugar en Ginebra, intentó persuadir al mismo Avully de que le habian engañado, ofreciéndose á ir á Thonon para demostrar en su presencia á su seductor, con pruebas mas claras que el dia, que todas las razones alegadas por él en favor de la Iglesia romana eran fútiles y sin fuerza. El Baron le cogió la palabra, y fue á avisar á Francisco la visita del ministro y la conferencia que debia tener lugar. El ruido de ella se estendió bien pronto por todo el país, y los herejes, orgullosos con esta fanfarronada de su ministro, se vanagloriaban de ver ya confundido al papismo, al mismo tiempo que los católicos se espantaban de la lucha con un hombre tan astuto y tan hábil. Varios dias pasaron así esperando este grande acontecimiento; pero el ministro no pareció. El Baron de Avully fué á Ginebra para obligarle á cumplir su palabra, pero no recibió mas que respuestas evasivas; volvió varias veces,

instándole á venir, no ya solamente en nombre de la palabra dada, sino en nombre de su honor y de la religion; mas todo fué inútil (1). Entonces Francisco, temiendo que si la conferencia no tenia efecto se hiciera correr la voz de que era él quien, detenido por el miedo, habia rehusado presentarse, declaró públicamente desde el púlpito que estaba pronto al combate, pero que su adversario rehusaba la lucha, á pesar de las instancias que le habian hecho para que no retrocediera despues de haber avanzado tanto. «No es, añadió con tanta humildad como confianza en Dios, no es porque deje de considerarme el menor de todos los que pueden presentarse para la defensa de la Iglesia, y así no cuento conmigo mismo ni con mi talento, sino únicamente me apoyo en la bondad de mi causa y la autoridad de mi mision. Espero que Dios, que me ha enviado como instrumento de mi Obispo para anunciar su palabra, me iluminará para confundir á los ministros del error, así como, por medio de doce ignorantes, confundió la sabiduría de todos los filósofos.» (2)

Penetrado de estos pensamientos tan apostólicos, Francisco propuso al Baron ir en persona, si queria acompañarle, á proponer la conferencia á la Faye en el mismo Ginebra. Esta proposicion llenó de alegría al Baron, y partieron llevando consigo al canónigo Luis de Sales, al primer síndico de Thonon y otros habitantes de esta ciudad, algunos de ellos católicos, pero la mayor parte aún calvinistas, con el objeto de tener testigos fieles de todo lo que pasara en esta disputá. Cuando llegaron á casa del ministro, le dijo Francisco: «Hace largo tiempo habíais dado palabra al Baron de Avully de ir á Thonon, para probarle en mi presencia que le he inducido á error é imbuido falsas doctrinas. Como no habeis querido ir, vengo yo mismo á defender mi doctrina y á convencer á la vuestra de error. Os dejo la eleccion de las materias que se han

(1) Carlos Aug., p. 108.

(2) Dep. de Francisco Favre.